

Suscripcion:

En Murcia,
50 cts. al mes
Provincias,
8 reales tri-
mestre.
Pago adelan-
tado.

LA JUVENTUD LITERARIA

SE PUBLICA LOS DOMINGOS.

Año II.

Murcia 27 de Enero de 1889.

Núm. 11

Anuncios.

Se reciben
en la Admi-
nistracion de
este periódico
Comunica-
dos, á precios
médicos.

Anuncio-tarjeta y periódico 4
reales al mes.
Número suelto 25 céntimos.

Redaccion y Administracion
APÓSTOLES 11, BAJO.

Colaboradores todos los suscri-
tores.
La correspondencia al director.

La Juventud Literaria.

MI PRIMER AMOR

Conservo de él un recuerdo triste,
casi lúgubre!

Tenia yo diez y ocho años; ¡esa
edad á la cual está enamorado todo
el mundo!

Ella era lindísima, encantadora,
ideal.

Rubia, como las doradas espigas
en el mes de Agosto; pálida, como
la heroina de una balada germánica;
con la palidez mitida de las perlas
de Basora.

Sus ojos eran azules como el cielo.

Sin nubes, se entiende.

Oro y azul, mis colores favoritos.
La ví y la amé con toda mi alma.

Seguíla con afán á todas partes y
logré ser presentado en todos los
salones que ella frecuentaba.

Supe un día que estaba invitada á
casa de las de X. Las de X eran
amigas mías, y resolví asistir á la
velada y hacerla mi declaracion for-
mal aquella misma noche.

¡Que día aquel, tan ocupado en
los preparativos necesarios para el
acontecimiento!

Estudié las frases de mi discurso;
intercalé con arte las comas y los
suspiros é inventé una flor nueva y
una lisonja de efecto para terminar
mi declaracion.

Después me cuidé de la parte
«física».

Es decir, de mi individuo; yo no
he sido nunca guapo y quería pare-
cerla seductor.

Me afeitè por la mañana muy
temprano, y por la tarde me ricé el
pelo.

Por la noche me volví á rizar.

Al ponerme la camisa me estro-
peé los rizos, y advertí, con terror,
que mi barba sombreaba demasia-
do.

A las diez de la noche estaba de
nuevo en la peluqueria sufriendo
otro «pase» y rizándome el pelo por
tercera vez.

Y con la cara ardiendo y una ja-
queca insoportable, hacia mi en-
trada triunfal á las once en punto
en los aristocráticos salones de las
de X.

Olvidaba decir que estrenaba un
frac nuevo y unas magníficas botas
de charol.

Estos «estrenos» fueron mi per-
dicion.

La naturaleza me ha dotado con
unos piés bastante desarrollados, y
yo me habia empeñado en disimular
esta mala pasada de la madre
naturaleza.

En una palabra, que las botas
me estaban chicas y que yo no po-
dia dar un paso.

Sobre todo, la del pié izquierdo
era una cosa insufrible.

Y, ¿qué hacer? ¡Quién se resigna
á presentarse ante la mujer adorada
hecho una palmatoria!...

Porque yo soy pequeño, y con
los piés grandes... ¡calcúlen Vdes.!
¡Y teniéndolos ella tan chicos!

Tan chicos que no parecen piés, son
dos almendras de Alcoy forrados de
satén blanco.

Dí una vuelta por el salón, la ví y
tuve que apoyarme en la pared pa-
ra no caerme; no por la emoción
que sufrí al verla, sino por el dolor
del pié.

¡Y era preciso bailar para hacer-
la mi declaracion entre la cadencio-
sa armonía de una habanera ó las
vertiginosas vueltas de un wals!

Ocurrióme una idea salvadora.

Cuando una bota aprieta, puede
usarse el mismo procedimiento.

Aunque no es precisamente el
chaleco lo que uno debe quitarse en
este caso.

Esto hice yo: en un ángulo oscu-
ro de una antesala, no muy alum-
brada, me quitè... lo que me estor-

baba, para que la botina no me
apretase tanto.

Y me guardè aquella «prenda»
en el bolsillo.

Y radiante, feliz, audaz y ena-
morado volví á penetrar en el salón.

Pedí un wals, se me otorgò, y
cinco minutos despues, estrechando
suavemente su delicada cintura, as-
pirando el perfume de su aliento,
rozando casi mi abrazada frente con
las doradas hebras de sus cabellos,
murmurando en su oído las prime-
ras frases de mi poética declaracion,
era yo el mas feliz de los mortales.

La caliginosa atmósfera de la sa-
la, la agitacion natural del baile, el
ardiente foco de luz que irradiaba
de los azules ojos de la niña, todo
esto me abrasaba y sentíame desfallecer
por momentos.

Copioso sudor inundaba mi ardo-
rosa frente.

Entonces recordé que llevaba un
pañuelo en el bolsillo.

Pañuelo finísimo con mis inicia-
les bordadas, perfumado con aristo-
crático opoponax.

Saquè el pañuelo y empecé á se-
carme el rostro.

—¡Caballero! gritó la virgen de
mis ilusiones, separándose brusca-
mente de mis brazos.

A su grito volvieron la cabeza
varios concurrentes, y soltaron una
estrepitosa carcajada.

Yo aturdido, loco, sin compren-
der lo que me pasaba, seguía enju-
gándome la frente.

De improviso fijé mis extraviados
ojos en un espejo y... di un grito y
me desmayé.

¡Me estaba limpiando con el cal-
cetin!

Dos años mas tarde volví á en-
contrar á mi rubia en Barcelona.

¡Se habia casado con un fabri-
cante de medias!

E. Navarro Gonzalvo.

